en buscar sus comentarios y en cumplir prácticas religiosas.»

Comenzaron las lecciones de latin, y el médico comprendió que, aunque atrasado, Baruch necesitaba un método especial. No fueron, sin embargo, muy rápidos sus progresos, porque con frecuencia interrumpían sus lecciones con otros asuntos. Baruch tenía confianza en su maestro y le refirió inocentemente un dia por qué série de circunstancias había llegado á serle imposible la oracion. No dejó de reir el médico á carcajada tendida, hasta que notó lo que desagradaba tal risa á su discípulo.

—Perdonadme,—dijo,—no me burlo de vos; me acuerdo de que en la casa de locos de Milan poseemos un ejemplar admirable de un Narciso, teólogo y filósofo, que rezaba sin cesar, diciendo: «Socórreme, San Cristóbal, y perdona mis pecados;» y cuando se le preguntaba dónde estaba el santo, decía: «Mirad, ¿no veis la aureola en mi frente? Arrodillaos y orad; soy San Cristóbal.» ¡Ah! ¿Cuál es el fin de la oracion? ¿Influir acaso sobre Dios? Todo hombre medianamente culto declara que es un contrasentido creer que Dios se deja influir por nosotros; pero además, ¿no dice el proverbio: *ora et labora?* No os apesadumbreis, pues, de haberos emancipado; alegraos de ello; por mi parte, lo estoy tambien: hace más de veinte años que ni el pensamiento de la oracion me ocurre. ¡Es una lástima que no se pueda convencer á la juventud para que no pierda sus mejores años en un fárrago inútil!

Aunque Baruch no supo por el pronto objetar á esta teoría, se hizo más cauto con él; estudiaba asíduamente los libros de historia natural y mate-